

LAS TRES MUERTES DE SARAH COLBERT

LOS

IMPERDIBLES

ARANTXA RUFO

**LAS TRES
MUERTES DE
SARAH COLBERT**



DUOMO EDICIONES

Barcelona, 2025

1

Nunca imaginé que moriría así

La muerte había formado parte de mí desde que podía recordar. La muerte de mi madre, la de mi padre, la supuesta muerte de mi hermana, la muerte que me perseguía con paso firme y la esperanza de encontrar en ella un alivio a la vida que me lo había arrebatado todo.

Siempre había fantaseado con la muerte: muerte natural, accidental o voluntaria, y era esta última la que contaba con más boletos para el premio definitivo. La muerte por mi propia mano me convertiría en protagonista de la historia, por una vez, y no el barco a la deriva que siempre había regido mi destino, indefenso en los bandazos de la tormenta. Nada hacia atrás. Ningún puerto por delante. Solo un bote minúsculo que a nadie importaría si se hundiese.

Y hundirlo, al fin, por mi propia mano, cuando mi hijo fuera lo bastante mayor para seguir sin mí; no para perdonarme, pero sí para comprender los motivos detrás de la cuchilla. Entonces acabaría lo que empecé once años atrás y reabría las cicatrices que el paso del tiempo había difuminado en mis muñecas.

Tanto esfuerzo diseñando el final y aquel cabrón había venido para deshacer mi plan maestro.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí, con los brazos atados al respaldo de la silla, en esa celda de paredes mugrientas y el

suelo de cemento rociado de sangre. La que brillaba era mía. La más oscura, no.

Recordaba haber llegado a la casa a media tarde, bajo una lluvia incómoda que trató de advertirme y a la que no escuché. Recordaba la conversación, la amenaza, la carcajada y el golpe. Nada después de eso. Solo el traslado a rastras hasta esta celda. Y los puñetazos.

No supe cuánto tiempo llevaba sometida a su ira.

Los ojillos castaños del gran hombre me observaban hambrientos de sangre, espoleados por la que le salpicaba el traje azul de ochocientos dólares y la que goteaba de mi cara. Sus fosas nasales se dilataban ante el olor herrumbroso que invadía la habitación. La calva brillaba a la luz de la bombilla que se ahorcaba del techo. Era robusto, de vientre duro como los puños que su esbirro había estrellado una y otra vez contra mi rostro.

Con un gesto estudiado, se tiró de las muñecas de la camisa, negra, y azuzó a su hombre con una afirmación casi imperceptible.

El golpe llegó presuroso y obediente. Un codo sádico que se estrelló contra mi pómulo. Un fognazo blanco, negro, rojo. La sacudida del mundo y la gravedad que perdió toda ley. La cabeza salió disparada hacia atrás y el cabello voló por el aire como un abanico disparando sangre.

Un esputo rojo resbaló entre mis labios y cayó sobre la ropa ensangrentada: la fea camisa de color arena, los pantalones marrones, la estrella de *sheriff* del condado que se resistía a sucumbir bajo el peso negro del destino. Qué horrible me había parecido siempre aquel uniforme y qué lástima me dio verlo así.

Nadie vendría a buscarme. Nadie sabía que estaba allí.

Yo no debería estar allí.

La Patrulla Estatal era la que debería haberse encargado de esto. Una misión de Operaciones Especiales, una escucha legal, avalada por la orden del juez, un equipo de apoyo, alguien que

evitara que llegásemos a este punto. Pero había venido sola, porque siempre lo había hecho todo sola y a eso me había acostumbrado. Por imbécil.

Me había metido en la boca del lobo para descubrir que la verdad no siempre te hace libre. Y ahora que la tenía, ¿de qué me había servido? Solo para perder lo poco que me quedaba: mi familia, mi hijo. Todo.

No lograba dejar de llorar desde hacía horas, así que no puedo decir que derramara una lágrima por él, pero el crujido de cristales rotos en el corazón fue más doloroso que el aullido que emitía el resto del cuerpo.

El puñetazo encima de la oreja provocó una nueva explosión, una noche estrellada, miles de puntos blancos en un fondo negro. Un pitido en la cabeza. Una llamarada de fuego en la cara. Los pulmones vacíos.

Un chorro de sangre llovió sobre mi hombro derecho y se coló por un desgarró de la camisa. Lentamente, como un gusano en procesión, se deslizó por el brazo. La sentí, caliente y pegajosa, en el bíceps, el codo, el antebrazo, la muñeca, se escurrió por debajo de la brida que me esposaba a la silla y continuó por la palma de la mano hacia el dedo meñique. Allí tembló un instante antes de lanzarse a la piscina en la que la esperaban sus predecesoras. Yo no la seguí tan lejos, mi mente se había detenido en las muñecas. Me había rasgado la piel forcejeando con las bridas y temí haber estropeado el tatuaje al que tanto había entregado. Un tatuaje con el que tapar una cicatriz vieja, una cicatriz nueva para tapar heridas viejas.

Sentía gran cariño por ese tatuaje y, de un modo enfermizo, también por la cicatriz. Las de las dos manos. Cualquiera puede sobrevivir a una herida, pero no todo el mundo puede enfrentarse al hecho de saber que, cuando lo decida, la volverá a abrir y todo habrá acabado. O ese era el plan antes de caer en manos de aquel cabrón.

Yo no debería morir así.

Yo no debería morir hoy.

Ahora que sabía la verdad, ahora que había recuperado lo que creí perdido para siempre, ahora que podía tenerlo todo.

Entonces lo comprendí. Por fin. Un destello de luz al final del túnel por el que había transitado hasta ese momento.

Ya no quería morir.

La carcajada que escapó de mi garganta se clavó como un cuchillo en el labio roto, y el dolor me hizo saltar las lágrimas y provocó un aullido que convirtió la risa en graznido histérico.

Dolía. Dolía la boca, el pecho, el estómago, las costillas.

Intenté parar, pero no pude. Cuanto más fuerte el dolor, más enérgica la carcajada, más alta, más demente.

El hombre que me asesinaría dentro de unas horas y el hombre que le daría la orden de hacerlo intercambiaron una mirada de desconcierto que no les reproché. Debían de pensar que me había vuelto loca, y quizá tenían razón. O quizá, por primera vez, la cordura se había apoderado de mí.

La sangre y las lágrimas se mezclaban en la boca y los espasmos de la risa las hacían saltar, gotas rojas desleídas en todas direcciones.

En la siguiente tanda de puñetazos, identifiqué cada golpe con las tres ocasiones en que mi vida se había roto en pedazos: la primera, con siete años, cuando murieron mis padres; la segunda, con veintidós, cuando desapareció mi hermana; la tercera, hace un mes, cuando reapareció.

2

00:13

El grito me despertó.

3

Toda ella era blanca

Arnie Garrard no lo sabía, pero esa mañana se había quedado solo.

Nada hacía presagiar el final hacia el que se dirigía la noche anterior, cuando abandonó el Torrance's Pub junto a su amigo Tony Jiang, después de sufrir por televisión la derrota de su equipo favorito de fútbol americano. O quizá sí. Quizá cualquiera que hubiera visto la tormenta que arreciaba en el horizonte habría pensado que no era el mejor momento para cruzar el bosque en coche; es posible que quien observara el estado de los dos amigos creyera poco oportuno que alguno de ellos se sentara al volante; puede que todos los que los vieron salir del bar supieran lo que iba a pasar, pero nadie hizo nada por evitarlo, y Arnie Garrard y Tony Jiang atravesaron la tempestad entre risas y alcohol hasta que un árbol detuvo su camino.

A lo largo de las cinco horas más violentas que los vecinos del condado de Chelan, en el estado de Washington, podíamos recordar, el cielo descargó su ira sobre el lago Wenatchee y las montañas que lo cercaban como infranqueables muros de una cárcel. Una batalla de rayos y truenos que sacudió árboles, casas y señales de tráfico, estrelló lanchas contra los embarcaderos y mantuvo despierta a la mayoría de los habitantes de la población.

En la carretera 413, bajo las enfurecidas ramas y la lluvia que no respeta a vivos ni a muertos, Tony Jiang y Arnie Garrard agonizaron durante horas.

El sol comenzaba a despuntar por el horizonte cuando Joey Murray, el agente forestal, partió en su ronda de comprobación. Debía revisar que ningún árbol hubiera caído en mitad del camino, que no se hubiera iniciado ningún fuego y que no hubiera animales sueltos que pudieran poner en peligro la circulación ni sus propias vidas. No encontró nada de eso. Lo que encontró fue una Silverado blanca de 2012 en siniestro total, el cuerpo inconsciente de Tony Jiang a los pies del cedro y a Arnie Garrard desfallecido en mitad de la carretera.

De inmediato llamó al departamento del *sheriff* y las ambulancias rompieron el amanecer con las luces encendidas en dirección al hospital más cercano.

Arnie Garrard había tenido suerte. Algunos huesos rotos, conmoción cerebral y poco más.

La suerte de Tony Jiang estaba por ver.

En uno de los quirófanos, el aficionado de los Seattle Seahawks luchaba por su vida sobre una mesa de operaciones. Después de traspasar el parabrisas con la cabeza y estamparse como un muñeco contra el árbol, los cirujanos no eran optimistas y su familia rezaba a su dios con la esperanza de que intercediera por él allí arriba, donde se toman las decisiones.

Aquí abajo, Arnie Garrard se recuperaba favorablemente.

Los médicos, a los que nada importaba mi uniforme de *sheriff* del condado, me habían exigido paciencia; de modo que me mordía las uñas haciendo tiempo hasta que empezara el horario de visita, en una sala de espera en la que solo esperaba yo.

Arnie Garrard no lo sabía, pero esa mañana se había quedado solo. Muchas cosas habían cambiado desde su ingreso en el hospital tres horas antes, y, por extraño que sonara, una lo había convertido en el chiste del pueblo.

Al contrario que a mis vecinos, a mí no me hacía ninguna gracia el asunto.

Yo no olvidaba que ese gilipollas llevaba años entrando y saliendo del calabozo al mismo ritmo con el que entraba y salía del alcoholismo. Y las trifulcas de bar y el escándalo público eran una cosa, pero esta vez Arnie Garrard había decidido cruzar el bosque durante una de las peores tormentas que se recordaban, en plena noche, borracho, había perdido el control del vehículo y había estado a punto de matar a su pasajero, tan borracho como él. Tony Jiang llevaba tres horas en el quirófano, debatiéndose entre la vida y la muerte, mientras su mujer y sus hijos esperaban en una aséptica sala, varias plantas por debajo de mí, porque el capullo de su padre había considerado que ponerse el cinturón de seguridad era innecesario para un tío listo como él y había acabado atravesando el parabrisas de camino al duro asfalto.

Marcia Jiang se había desplomado en los brazos del oficial enviado para informarla. La mujer de Tony sollozaba: «Quiero que vuelva, quiero que vuelva», como si su marido estuviera en algún sitio del que pudiera regresar. Ahora, Marcia Jiang no hacía ruido con su llanto; sus hijos, de siete, cuatro y tres años, la abrazaban con todas las fuerzas de sus pequeñas manitas, sin entender lo que estaba ocurriendo, pero conscientes de que era algo malo. A veces no es necesario saber para presentir el final.

No. Aquel asunto no me hacía ninguna gracia.

El chirrido de las botas contra el suelo de vinilo me avisó de la llegada del ayudante Ortega. Acepté el café que me tendió y bebí mientras ocupaba la silla vacía a mi lado. No hubo palabras.

El ayudante Ortega llevaba en el departamento del *sheriff* aún más tiempo que yo, pero nunca había querido presentarse a las elecciones en las que los vecinos decidían quién ocupaba mi cargo, y era feliz en su puesto de mano derecha, con un horario fijo y menos responsabilidad. A decir verdad, tampoco yo había

aspirado a *sheriff* de nada, y si ahora lucía la estrella en el pecho era más por casualidad que por mi buena relación con los electores o, menos aún, con el ayuntamiento. Una asesina que se me escapó. Un hombre que murió. Un amante al que jamás volví a ver. Una placa de *sheriff* que no anhelaba.

Una llamada de teléfono rompió el silencio. En una ciudad de treinta y cinco mil habitantes, todos querían saber cómo estaban Arnie y Tony. Pasé la tarea de informador a Ortega y permanecí con la vista fija en las imágenes sin sonido que retransmitía un televisor desde la pared. Conflictos internacionales, guerras eternas, el presidente haciendo de las suyas. Las mismas noticias, las mismas imágenes hasta la saciedad. Los mismos titulares en bucle por la parte inferior de la pantalla, como si el mundo se hubiera detenido por completo.

A las diez de la mañana en punto, al aviso de la enfermera, Ortega y yo nos cuádramos ante la puerta de la habitación de Arnie Garrard.

Antes de abrir, me giré hacia mi ayudante con una expresión que este conocía bien.

–Me comportaré –aseguró su rollizo semblante circunspecto.

No lo dudé, aunque solía ser un hombre dado a los chistes, esa mañana el oficial mantenía la mirada gacha y los labios apretados para evitar romper en sollozos o maldiciones.

Por más que el doctor Hampton dijera que Arnie había tenido suerte, el hombre que yacía en la cama no parecía afortunado. Su rostro recordaba a una gárgola, negra e inflamada; tenía el torso envuelto en vendas y varias quemaduras en la sien y la mejilla derechas, producto del roce contra el *airbag*. La luz del fluorescente que incidía sobre su rostro acentuaba sus hematomas contra las sábanas grises con el logotipo del Central Washington Hospital & Clinics.

Al otro lado de la ventana, el cielo se escondía bajo nubes cargadas con la promesa de más lluvia.

El condado de Chelan comenzaba a recuperarse de la tormenta. Había que limpiar carreteras, ramas caídas y mobiliario urbano arrastrado de su sitio. Todo el personal a mi cargo estaba en pie de guerra y yo debería ser la avanzadilla, pero el accidente de Arnie y Tony me había proporcionado la excusa perfecta para tomarme la mañana con calma. Y Dios sabe que lo necesitaba. No había pegado ojo en toda la noche.

Una pesadilla me había despertado en mitad de la madrugada y me había impulsado a correr al cuarto de baño a vomitar. Ya no logré volver a conciliar el sueño, dando vueltas en la cama, inquieta y nerviosa. Cada vez que cerraba los ojos, las mismas imágenes me traían de vuelta entre sudor y jadeos. Quise fingir que los recuerdos no eran más que monstruos de cuento en la oscuridad y que no necesitaba visitar el dormitorio de mi hijo para comprobar que estaba bien, pero me levanté de la cama y, descalza, para no hacer más ruido del que ya atronaba en la calle, me asomé a su puerta y lo confirmé. Elliot dormía a pierna suelta, ajeno a los rayos en la noche y a la inquietud de su madre.

Al final, me resigné al insomnio, preparé café, abrí un libro y me dispuse a esperar al alba. Por ello, el sonido del teléfono no me despertó. Lo único que lamenté fue que, una vez más, me perdería el desayuno familiar. Como Tony Jiang, que quizá no volviera a desayunar con la suya jamás.

Horas después, con el rostro de Marcia Jiang y sus tres pequeños en mente, agarré el brazo del herido en la cama y lo sacudí hasta que su dueño abrió los ojos, confuso.

—Hola, Arnie.

—Sarah...

Sí, éramos viejos amigos. Dos años mayor que yo, habíamos asistido al mismo colegio e instituto, y él había pasado varias noches en mis calabozos.

Saqué el móvil de la chaqueta, encendí la grabadora y lo dejé sobre la mesilla.

–Menuda has montado, ¿eh?

–¿Cómo? –Los esfuerzos de Arnie por hablar chocaban contra la lija de su garganta seca.

Justo al lado de donde había colocado el teléfono, alguna enfermera bien intencionada había dejado una jarra de agua y un vaso, frescos y apetecibles. Arnie los miró con anhelo, pero el dolor en las costillas rotas impidió cualquier intento por alcanzarlos.

–Agua... –suplicó.

No me moví. Solo tenía que alargar la mano. Estaba allí, a unos centímetros. No lo hice.

Tres niños huérfanos. Una mujer que retenía las lágrimas en un pasillo. Dos familias destrozadas por una botella de *whisky*.

Arnie dirigió su súplica muda a los ojos marrones de Ortega, que no resistió más de unos segundos. Me esquivó, llenó el vaso y se lo entregó al convaleciente. Lo reprendí con una mirada furiosa, si bien sabía que haría precisamente eso. Ortega también era amigo de Arnie; veían juntos los partidos, sus hijos entrenaban en el equipo de béisbol del colegio, bebían cerveza los fines de semana y compartían grupo de chat en el que circulaban fotos guarras que yo no tenía ganas de ver. Ortega era el poli bueno. Yo, el poli malo.

Mi propia naturaleza.

–¿Y... Tony? –preguntó Arnie tras un par de dolorosos tragos de agua.

–Sigue en el quirófano –respondí–. Tiene rotos la mitad de los huesos del cuerpo y casi todos los órganos internos. No creen que sobreviva.

Arnie Garrard gimió un lamento desconsolado al que Ortega respondió alcanzándole el vaso de agua, lleno de nuevo. El agente me dirigió el mismo gesto de reproche con el que yo le había reprendido unos minutos antes, pese a que, al igual que entonces, tampoco creí que hubiera esperado otra reacción por mi parte.

–¿Y Marcia? ¿Cómo...?

–No tengo ni la menor idea, Arnie. ¿Quieres que la llamemos? Que suba a contárnoslo. ¿Quieres?

Los ojos de Arnie se humedecieron.

–Intenté salvarlo... Te lo juro... Intenté llegar a la luz.

Negué con la cabeza. Arnie Garrard había aparecido al otro lado de la carretera, a los pies de los árboles, a unos metros de la furgoneta con la puerta abierta y el cristal delantero destrozado. Era posible que, en efecto, hubiera intentado hacer algo por salvar a su amigo, pero el alcohol en sangre lo había hecho imaginar una luz que no existía –no había luces ni farolas en esa zona y mucho menos de madrugada– y lo había llevado en dirección contraria, a quince metros del accidente, directo al lago.

–Está bien, Arnie. Comienza por el principio.

–No fue culpa mía, Sarah. De verdad que no.

–Cogiste el coche, borracho, perdiste el control y te estrellaste contra un árbol. Llevabas a Tony sin cinturón de seguridad y ahora puede morir. ¿De quién es la culpa?

–No... Yo no bebí. Te lo juro.

–Venga ya, Arnie.

–Hazme la prueba. Lo que haga falta.

Ya se la habíamos hecho, un análisis de sangre completo nada más llegar al hospital. Negativo. No mostraba restos de alcohol ni de drogas, aunque eso podía no significar nada. Aún no sabíamos cuánto tiempo llevaban agonizando aquellos dos en la carretera antes de que Joey Murray, el forestal, se topara con la trágica escena. Quizá no bebieron tanto o su cuerpo tuvo tiempo de asimilar la bebida. Quién podía saberlo. Lo que sí habíamos encontrado era una botella de Benchmark vacía bajo el asiento del conductor y un coche y unas ropas que apestaban a *whisky*. No había duda.

–Déjame eso a mí –rechacé.

Él amagó un sollozo.

—¿Dónde...? ¿Dónde está Eve? No ha...

Percibí la mirada del ayudante Ortega clavada en la nuca. Eve Garrard, la mujer de Arnie, lo había abandonado esa mañana. Ortega fue el oficial encargado de avisarla del accidente y acompañarla al hospital, a lo que ella se negó con una simple pregunta:

—¿Se pondrá bien?

Él le trasladó lo que habían dicho los médicos, que había tenido suerte, que se recuperaría.

Y Eve retrocedió de vuelta al interior de la casa.

—Pues dile que no nos encontrará aquí cuando regrese —sentenció—. Me juró que no volvería a beber y yo no... no puedo seguir aguantando esto. Dile que espero que se recupere, pero que hemos terminado.

Ortega me lo había contado palabra por palabra, y sentí la tentación de repetírselo al afectado de igual manera, herirlo, darle un puñetazo en la cara y hacerle entender la gravedad de sus actos.

No lo hice.

—¿A qué hora salisteis del bar?

—No... no lo recuerdo.

—¿Y qué recuerdas?

Él apretó los párpados hinchados.

—Llevaba a Tony a su casa —murmuró sin abrirlos.

El ayudante sacó la libreta y empezó a anotar. Aquellos apuntes serían de utilidad cuando quisiéramos transcribir la grabación del móvil.

—Llovía. Y los rayos... lo iluminaban todo.

Su cuerpo rompió a temblar. El color abandonaba su rostro con cada palabra, con cada kilómetro que su mente recorría de nuevo.

—¿Aviso a un médico? —preguntó Ortega con voz intranquila.

—No.

–Tony se reía –continuó Arnie, ajeno a la conversación–.
Aullaba a los rayos.

–Él sí había bebido. –No fue una pregunta.

–Sí. Mucho.

–¿Y tú?

–¿Eh?

Arnie giró la cabeza y observé que tenía los ojos abiertos. En el estado que mostraba su rostro, la diferencia entre abiertos y cerrados era inapreciable.

–¿Cuánto bebiste tú?

–No. Yo ya no... Ya no bebo, díselo a Eve, llevo meses sin...

–Ya, claro –lo interrumpí. No tenía tiempo para escuchar mentiras–. Sigue, ¿qué pasó?

Arnie se humedeció los labios de orco.

–Yo se lo conté ya a... a alguien.

–Cuéntamelo a mí.

–La vi... –Negó, como si lo que decía no tuviera lógica.

Si era lo mismo que había farfullado al oído de Joey Murray mientras aguardaban la ambulancia, lo mismo que los enfermeros le habían oído balbucear una y otra vez durante el trayecto al hospital, no la tenía. Aquella excusa absurda, aquella tapadera sin sentido que nadie en el pueblo olvidaría jamás, un chiste sin gracia que lo acompañaría hasta el final de sus días.

–¿A quién? –pregunté, dispuesta a escucharlo de su boca por primera vez.

Los temblores de Arnie hicieron crujir su mandíbula. Se había puesto tan pálido que parecía a punto de desvanecerse en el gris de las sábanas. La expresión de su mirada nos hizo retroceder cuando habló.

–Al fantasma.

–El fantasma –repetí.

Si no hubiera sabido de qué iba la historia, esa palabra me habría puesto los pelos de punta.

—Sí. Un espectro. La chica de la curva. No lo sé.

En el silencio de la habitación, temí escuchar la risa de mi ayudante o un comentario sarcástico, pero Ortega guardaba silencio. El gesto de terror que desdibujaba el rostro de Arnie Garrard no era fingido, como tampoco lo eran sus temblores ni el miedo en la voz.

Él creía de verdad lo que estaba diciendo. No era, como había pensado al principio, una excusa para librarse de la cárcel. Se trataba de una alucinación provocada por el alcohol, el accidente o una mezcla de ambas. Y aun así no me hacía ninguna gracia. Que Arnie Garrard viera fantasmas, *bigfoots* o lo que fuera no me provocaba ganas de reír, sino de sacar mi arma reglamentaria y dejarlo en un estado tan crítico como el de Tony.

—¿Cómo era? Descríbela.

—Era... como en las películas. El pelo oscuro, largo, pegado a la cara y... liso. Y vestía... de blanco, iba de blanco. No sé, no lo recuerdo. Solo que toda ella era... blanca.

—¿Qué hizo? ¿Se quedó allí viéndote pasar?

—No, no. Vino a por nosotros. ¿No lo entiendes? —Se incorporó en la cama todo lo que las vendas le permitieron—. ¡Se lanzó sobre nosotros!

4

Lo estaba consiguiendo

Revolví el café y tomé un trago. Sobre la mesa del despacho, una pila de papeles requería mi atención con la misma intensidad con la que yo buscaba excusas para retrasar el momento de plantarle cara.

La declaración de Arnie, el acta del accidente, los informes médicos y la lista de personas a las que tendría que interrogar: los que coincidieron con ellos en el bar, sus amigos, sus esposas... El caso permanecía a la espera de la evolución de Tony Jiang. ¿Qué sería, conducción bajo los efectos del alcohol u homicidio? El teléfono llevaba toda la mañana sonando. Los habitantes de Wenatchee querían saber qué había ocurrido. ¿Qué había visto Arnie? La historia de la chica de la curva se había propagado como un virus, de boca en boca, y había infestado a toda la población. No en vano, mis vecinos eran gente acostumbrada a convivir con las viejas leyendas indias, anteriores a que el hombre blanco se asentara en esas tierras, y la aparición de un espectro en la carretera no resultaba más ni menos creíble que las que ya conocían.

–Fantasma –repetía Ortega, cuando regresamos a la oficina unas horas antes–. Un fantasma. ¿Tú te lo crees?

–Claro que no –dije–. Vio un rayo e imaginó cualquier figura entre las ramas. A todos nos ha pasado.

El ayudante dirigió la mirada al ventanal del despacho, como si temiera ver aparecer el dichoso fantasma entre los árboles de Memorial Park.

Nubes y claros se disputaban la hegemonía del cielo y mis apuestas cayeron del lado de las primeras. La oscuridad se impondría. Volvería a llover. El mundo no tenía ganas de sonreír.

–Pero dijo que se abalanzó sobre ellos –insistió él.

Quizá Tony Jiang no volviera a sonreír jamás.

–¿Y qué quieres que te diga? Sería el viento agitando un árbol. Iba borracho.

–No lo entiendo. –Sacudió la cabeza–. Llevaba semanas sin beber. Lo vi muchas veces en el bar, durante los partidos, y se mantenía sobrio. Lo estaba consiguiendo.

Me mordisqueé una uña astillada que acabaría por sucumbir entre mis dientes.

–Sabes que es difícil lograrlo –dije–. Y más si continúas yendo a los bares con los amigotes. ¿A quién se le ocurre?

El teléfono interrumpió el recuerdo de la conversación y me devolvió al presente, al despacho y a la pila de papeles que me acosaban. A los goterones que ya castigaban el ventanal.

No sería un vecino ni un periodista en busca de una declaración sobre «la chica de la curva», a ambos los filtrarían en centralita. Sin embargo, quienquiera que fuese, tampoco dudé de que la llamada era una excusa para finalizar la conversación preguntando lo mismo: ¿qué vio Arnie en el bosque?

–*Sheriff* Colbert.

Me equivoqué.

Ante el tercer café de la mañana, contuve un suspiro de resignación a medida que el hombre al otro lado de la línea resumía en dos frases lo que más había temido escuchar. Todavía recordaba la expresión agorera en los ojos del médico que trasladó a Tony Jiang al quirófano, y aun así, por un momento, tras las

siete horas de operación, me había permitido el lujo de creer. Quizá lo consiguiese. Quizá sobreviviera.

No lo había hecho.

Homicidio.

El médico al teléfono, profesional y aséptico como un trago de agua oxigenada, me dio la mala noticia. Me tocaba detener a Arnie Garrard y añadir el cargo de homicidio por imprudencia al de conducción bajo la influencia de sustancias.

No estaba siendo una buena semana para aquel desgraciado: primero, los Seahawks, por los que había apostado, perdieron el partido; esa misma noche tuvo el accidente; a la mañana siguiente lo dejó su esposa y lo interrogó la *sheriff*; al mediodía moría su mejor amigo y por la tarde sería arrestado. La mala racha de Arnie llevaba camino de ser legendaria. Y eso sin sumar su encuentro con un fantasma.

Había llegado la hora de poner fin a los chistes y memes que habían emponzoñado los grupos de mensajería. Esperé que el fallecimiento de Tony les quitara las ganas de reír. Recé por ello. Había tenido demasiados encontronazos con la muerte como para que me apeteciera escuchar bromas al respecto.

Según las voces del lugar, la *sheriff* Sarah Colbert estaba maldita. Tan callada, tan seca, tan sola. Maldita. Tenían motivos para creerlo.

Mi hermana Rachel y yo teníamos siete años cuando nuestro padre asesinó a nuestra madre y se pegó un tiro. Malditas. Sin más familia, nos trasladaron a un hogar de acogida que había de ser temporal, hasta que alguien nos adoptara. Solo que tal cosa nunca ocurrió y permanecimos en él hasta la mayoría de edad. Malditas. Allí seguíamos, a punto de cumplir diecisiete, cuando nuestra tutora legal, a la que habíamos llegado a considerar una segunda madre, falleció de un ictus. Pocos años después, Rachel desapareció sin dejar rastro. Luego lo hizo el padre de mi hijo, cuya identidad solo yo conocía.

Una a una, todas las personas a las que había querido me habían abandonado.

Maldita.

No importaba el tiempo transcurrido ni la estrella brillante que lucía en el pecho ni mi hijo, nada cambiaría jamás esa verdad que mi mente había asimilado como la única explicación posible: había algo malo en mí. Algo estaba podrido. Yo lo sabía y, de no ser por Elliot, ese niño de diez años cuya sonrisa iluminaba mi existencia aciaga, habría acabado con todo mucho tiempo atrás.

La cicatriz bajo el tatuaje de la muñeca derecha resultaba inapreciable a simple vista, pero allí estaba, bajo una colorida cadena de ADN que me recordaba de dónde venía y lo que había perdido. La de la muñeca izquierda, igual a la otra, como esa gemela desaparecida, se escondía bajo la correa de un reloj que nunca me quitaba.

Y no había día en que no me culpara por intentarlo. Y no había noche que no fantaseara con haberlo conseguido.

Desvié la mirada hacia el ventanal, arrugado por la escorrentía de lluvia, en la dirección en la que, a poco más de tres kilómetros, se alzaba imponente la casa en la que pasé la infancia.

Esa misma tarde tenía previsto visitar de nuevo el hogar de mi ¿tutor, padrastro, padre? –casi treinta años juntos y aún no sabía cómo referirme a él–. Elliot quería elaborar los adornos de Halloween con su abuelo, como habíamos hecho mi hermana, yo y el resto de niños del hogar de Patrick y Angela Bannerman durante años, y no parecía importarle que aún estuviéramos a principios de octubre. «¿Qué prisa había?», me preguntaba yo. Faltaba casi un mes y ya asomaban murciélagos y más jodidos fantasmas en escaparates y porches por todo el pueblo. Si dependiera de mí, no existiría Halloween ni Navidad ni ninguna de esas fiestas cansinas. Pero no dependía de mí, y aunque así fuera, seguiría haciéndolo por Elliot.

Él era todo lo que tenía.

No. También tenía a los Daubney, que, sin ningún motivo para ello, se comportaban como abuelos con el niño. Y, por supuesto, tenía a Patrick Bannerman, mi ¿tutor, padrastro, padre? Él y su mujer, Angela, nos habían proporcionado a Rachel y a mí una infancia mucho mejor de lo que cualquiera habría esperado en nuestra situación, nos acogieron y cuidaron de nosotras y se aseguraron de que su numerosa familia no consanguínea nos aceptara como a dos más. Él era lo más cercano a un padre que había conocido.

Puede que las cosas hubieran sido distintas de estar solas o si hubiéramos sido una, en vez de dos. Puede que el resto de niños de la casa hubiera querido imponer su autoridad, los años o la antigüedad y los derechos adquiridos. Pero éramos dos. Y es cierto que no sabíamos pelear y que éramos pequeñas y débiles y que nunca habíamos necesitado imponernos sobre nadie. Pero sabíamos, ya entonces sabíamos, que éramos dos y, al mismo tiempo, una. Que lo que le hicieran a una nos lo hacían a las dos y que, a partir de ese día, éramos nosotras contra el resto.

Aquella tarde de hace veinticinco años, llegamos a la casa de Patrick y Angela Bannerman cogidas de la mano, calladas, aterrorizadas y traumatizadas, como habían llegado todos antes que nosotras y como llegaron todos después, pero llegamos juntas y aquel que se tomó un instante para evaluar riesgos supo que no valía la pena enfrentarse a las dos.

Patrick y Angela se encargaron de que comprendiéramos que ya no éramos dos, éramos tres, cuatro, once en la época de más niños acogidos. Fuimos una familia y fuimos felices hasta que la desaparición de Rachel lo cambió todo. Mi relación con mi ¿padrastro? seguía ahí, nos veíamos varias veces al mes y Patrick adoraba pasar tiempo con el que consideraba su nieto, pero ya no era igual.

Nada volvería nunca a ser igual.

Elliot era toda mi familia.

Jamás imaginé que tendría una familia de verdad, una familia propia. ¿De quién iba a aprender a pertenecer a una?

Finalicé la conversación con el médico y pulsé el botón del intercomunicador en el teléfono.

–Dime, *sheriff*. –De inmediato.

–Blake, avisa a Ortega. Nos vamos al hospital a detener a Arnie Garrard. Tony Jiang ha fallecido.

–Oh, mierda... –gimió el agente.

Le di un momento para asimilar la información. El ayudante Blake era amigo de Arnie y Tony. Demonios, en Wenatchee casi todos eran amigos en mayor o menor medida.

–¿Cómo están Marcia y los niños? –preguntó.

–No lo sé –admití–, solo he hablado con el médico. Avisa a Ortega, por favor. Acabemos con esto cuanto antes.

–Imposible –apuntó Blake, una vez recuperado de la impresión–, Ortega y Graves salieron a investigar una llamada anónima sobre algo que ha aparecido cerca del lugar del accidente de Arnie. ¿Quieres que le pida que regrese?

Imaginé que el motivo de esa llamada sería un bicho muerto o los restos de algún árbol abatido por la lluvia y dejé que Ortega se encargara de eso. Ya lo había pasado bastante mal esa mañana como para obligarlo a repetir.

–No, no es necesario. Avisa a Christine. Será un puro formalismo.

Quince minutos después, la ayudante Christine Morris y yo nos dirigimos a la ciudad en un coche patrulla con las luces apagadas bajo una lluvia que escampaba poco a poco.

Christine Morris tenía cuarenta y tres años, llevaba el pelo negro por los hombros, aún más negro gracias al tinte con el que se cubría las primeras canas, y los mofletes colorados de Heidi en plena excursión por las cumbres. Si yo no lograba asimilar la idea de familia, la suya era toda su vida y no había para ella otro tema

de conversación que su marido, Joseph, y sus tres niños, Mary Anna, Ashleigh y Randy, y las competiciones deportivas en las que participaba cada uno de ellos. El equipo de baloncesto de Randy, el de béisbol de ¿Ashleigh? ¿O era al revés? Y, por supuesto, el de fútbol de Mary Anna, en el que también había ingresado Elliot el año anterior. Últimamente, mi hijo no hablaba de otra cosa más que de jugadas y términos que me resultaban ajenos. A falta de un padre al que lanzarle la pelota –sonreí ante el chiste malo–, me tocaba a mí ocupar su lugar y prestar atención a las interminables peroratas de Christine, en el intento agotador de aprender algo. De que se me contagiara algo de su entusiasmo doméstico.

La radio del coche emitió un chasquido y una voz distorsionada rompió el monólogo de la ayudante Morris:

–Aquí Ortega. *Sheriff* Colbert, ¿estás ahí?

Alargué la mano y separé el transmisor del soporte.

–Aquí Colbert. Dime, Ortega.

–*Sheriff*. ¿Te has enterado de ese aviso que salí a comprobar?

Me había enterado. Esa llamada anónima que informaba sobre algo aparecido en el bosque, cerca del lugar del accidente de Arnie.

–Sí. ¿Qué ocurre?

–Creo que deberías venir a verlo.

–¿Por qué? ¿Qué habéis encontrado?

–Solo... –La voz de Ortega tembló de manera imperceptible–. Solo ven, por favor.

Apreté los dientes. El temblor no había resultado imperceptible para mí. La urgencia y los rodeos que daba para esquivar las preguntas me estremecieron el alma. Algo iba mal. Había algo malo en aquella voz. Otra vez no. ¿Cuántas veces había escuchado ese mismo tono en la voz de un policía? ¿Cuántas? Otra vez no.

–¿Es...? –Tragué saliva. Un nudo en la garganta impedía que bajara el aire, y la amenaza de las náuseas distorsionó el paisaje sombrío tras el parabrisas–. ¿Es Elliot?

Christine me miró interrogante, sin apartar por completo la mirada de la carretera. Una cosa era que todo el mundo me considerara un bicho raro y otra, aquella palidez que había ensombrecido mi rostro.

—¿Elliot? —preguntó Ortega, más sorprendido que fúnebre—. No, no. No te asustes, no tiene nada que ver con él. —Volví a respirar—. Solo ven, por favor.

—De acuerdo. Estaré allí lo antes posible.

Devolví la radio a su lugar y dejé caer la cabeza contra el respaldo con un profundo suspiro de alivio. Cuando volví a abrir los ojos, Christine me dirigía la sonrisa más afectuosa que había recibido en mucho tiempo.

—Siempre pensamos lo peor, ¿verdad? —dijo, antes de devolver la atención a la carretera mojada.

Forcé otra sonrisa. Christine no podría entenderlo por mucho que compartiéramos miedos por nuestros hijos. Ella no sabía lo que era perderlo todo y que cada vez, siempre, la pérdida llegara precedida por aquel tono de voz.

Saber que lo que habían descubierto no tenía nada que ver con Elliot no alivió la ansiedad que me retorció el estómago. Fuera lo que fuese lo que Ortega quería que viera, sería malo. Solo me faltaba saber hasta qué punto.

Me llevé la mano a la boca y, mientras me mordisqueaba las uñas, con la mirada perdida en el asfalto, me lo volví a preguntar: mamá, papá, Angela Bannerman, Rach, Jesse. Si no era Elliot, ¿qué me quedaba por perder?